ENTREVISTA A FERNANDO HENRIQUE CARDOSO. *EL SOCIÓLOGO Y EL POLÍTICO*

BERNARDO SORJ
SERGIO FAUSTO

Bernardo Sorj es Profesor de Sociología en la Universidad Federal de Río de Janeiro y Director del Centro Edelstein de Investigaciones Sociales.
www.bernardosorj.com
Sergio Fausto es cientista político y Coordinador de Proyectos y Eventos del Instituto Fernando Henrique Cardoso.

La entrevista se realizó en la ciudad de San Pablo, Brasil, en los meses de enero y febrero del año 2009.

INTRODUCCIÓN

El pasaje del mundo de las ideas al mundo de la práctica y, en particular, al de la política, es extremadamente complejo. El científico social generalmente busca transformar las virtudes en necesidad histórica, mientras el político tiende a transformar la necesidad histórica en virtud. El mundo de las ideas es auto-centrado y, de alguna forma, omnipotente, pues el autor controla su narrativa organizando los conceptos y hechos para que se adecuen a su teoría. A diferencia del mundo de la práctica, que exige pragmatismo, reconocimiento de los límites impuestos por los otros y adaptación a las circunstancias y a la realidad de múltiples factores que se encuentran fuera de control del actor. El precio de la omnipotencia del intelectual es que el impacto de sus ideas es generalmente difuso y difícil de evaluar, pues, en el mejor de los casos, son apropiadas por lectores que harán los más diversos usos del texto original. El precio del mundo de la política, por lo menos para aquellos imbuidos de ideales, es el abandono, en mayor o menor medida, de valores e ideas preconcebidas y su adaptación a las exigencias y a las posibilidades del contexto. En la visión dramatizada de Weber, el político debe ser consciente que su vocación lo llevará a comprometerse con «potencias diabólicas», sacrificando sus creencias por la búsqueda de la eficacia.

Aun así, en particular –pero no sólo– en la izquierda latino-americana, la ilusión de un pasaje lineal, virtuoso, del mundo de las ideas al mundo de la práctica fue, y en cierta medida continúa siendo, dominante, a pesar de desmentido constantemente por los hechos. Una cultura construida en torno del sentimiento de que nuestros países exigen una transformación radical, asociada a estructuras sociales elitistas, donde los intelectuales se erigen como representantes del pueblo y de las necesidades de la nación, alimentó la voluntad de acceder a las posiciones de poder. Esta tendencia, en honor de la verdad, no estuvo presente en la historia de la región solamente entre pensadores revolucionarios, sino que fue compartida por el conjunto de la intelectualidad –inclusive conservadora y liberal. En ambos casos el fundamento fue la creencia de que el conocimiento de la verdad –frente a la ignorancia, alienación o dominación de las masas– autorizaba al intelectual a usar el poder político para imponer lo que él consideraba bueno para la sociedad.

La voluntad de tener un papel central en la transformación de la sociedad no es monopolio de la izquierda intelectual latino-americana. La idealización del intelectual como demiurgo de la realidad se encuentra igualmente presente entre los científicos sociales de los países avanzados, donde, limitados a la esfera del mundo universitario, proyectan para otras sociedades sus deseos e idealizaciones. Zygmunt Bauman narró que en los años de plomo en la Polonia de la década de 1960, recibió a un sociólogo americano que expresó su admiración y envidia por la importancia que los intelectuales tenían en el país. La respuesta de Bauman fue que cambiaba la persecución política por la vida en un campus en Estados Unidos, donde podría dedicarse tranquilamente a sus investigaciones. En suma, los sueños de algunos son las pesadillas de otros. Además, como bien sabía Bauman, el papel que los intelectuales tenían en esa época en Polonia no era producto del impacto de sus obras en la población, sino del lugar en que eran proyectados por un régimen autoritario.

En las últimas décadas, sin embargo, este cuadro de una intelectualidad iluminada sufrió enormes cambios en América Latina en general, y en Brasil en particular. Para tanto, sin duda contribuyó el fin del comunismo y la crisis del marxismo como religión secular, pero, sobre todo, la democratización de las sociedades y de las nuevas orientaciones culturales (con el surgimiento de una sociedad de masas, la expansión de los medios de comunicación e información, la diseminación de los valores de igualdad y ciudadanía, la complejización de los sistemas sociales, incluyendo la expansión y profesionalización de las ciencias sociales y la frag-

mentación de los sistemas de representación). Todo eso transformó el intelectual iluminado en una figura cada vez más anacrónica[1], aunque continúe presente en algunos departamentos de sociología[2].

Si el período de la lucha contra la dictadura y los nuevos movimientos sociales valorizaron el papel del científico social (el sociólogo y el politólogo) como principal intérprete y comentarista de las transformaciones en curso en América Latina de los años 1980 y 1990, la lucha contra la inflación dominó la agenda política y valorizó otro tipo de saber, el del economista. Aquí surge la primera aparente paradoja de Fernando Henrique Cardoso, primer sociólogo presidente de Brasil. Su imagen entre la intelectualidad era la de uno de los sociólogos más brillantes de su generación, con una obra reconocida internacionalmente (fue electo para la presidencia de la Asociación Internacional de Sociología cuando ejercía su primer mandato de senador, al cual llegó a los 51 años), marcada por la fuerte influencia del pensamiento de Marx. Pero su elección como presidente del Brasil poco tuvo que ver con su obra sociológica, conocida por una minoría de la población. Fernando Henrique Cardoso fue electo presidente gracias al Plan Real, que estabilizó la moneda, y acabó con la inflación, que perjudicaba, en particular, a los sectores populares[3]. O sea, el sociólogo se tornó presidente gracias a su capacidad, en tanto Ministro de Hacienda, de organizar y apoyar políticamente la acción de un grupo de economistas que elaboró el plan antiinflacionario.

Aun así, no deja de ser legítima la pregunta de cuánto y cómo las ideas y, en particular, la formación y las creencias políticas del sociólogo afectaron su acción como presidente. Pregunta legítima si no fuera formulada en una confrontación simplista y moralista entre un antes (caracterizado por la pureza de las ideas) y un después (dominado por la acomodación con los poderes establecidos). Esta contraposición puede tener utilidad política o moral, pero poco esclarece sobre el transcurso de los procesos históricos y la comprensión de cómo la práctica

[1] Sobre estos procesos consultar B. Sorj y D. Martuccelli, *The Latin American Challenge: Social Cohesion and Democracy*, www.plataformademocratica.org.

[2] Un sagaz analista de la formación de la intelectualidad brasileña, Daniel Pécaut, en un libro escrito al final de la dictadura militar, se preguntaba si los intelectuales brasileños se adaptarían al juego democrático o si continuarían procurando incrustarse en el Estado. CF. Daniel Pécaut, *Os Intelectuais e a Política no Brasil*, San Pablo, Editora Ática, 1990.

[3] Sobre el papel de la inflación en la sociedad ver Bernardo Sorj, *A Nova Sociedade Brasileira*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 2001, segunda edición.

política afecta a los actores sociales. A no ser que: 1) supongamos que experiencia política no es una fuente legítima de aprendizaje y, por lo tanto, las mutaciones del discurso del político sean pura racionalización oportunista; 2) que presentemos la obra y vida *ex ante* del sociólogo como un conjunto coherente, y no como influenciadas por las circunstancias externas y, por lo tanto, en constante mutación, formando un cuadro complejo y, a veces contradictorio, de ideas y valores, característico de cualquier vida y obra; 3) que el gobierno de FHC pueda ser reducido a una única dimensión a la cual se contrapone su ideario del período sociológico, empobreciendo, así, las múltiples dimensiones y valores actuando en el período; 4) transformemos la fase política en un mundo de mistificación, en vez de entender que también ella ilumina características, a veces latentes o poco valoradas anteriormente, de la obra del sociólogo.

No significa que estemos proponiendo una lectura radicalmente deconstruccionista, en la cual la obra contenía todas las virtualidades y lecturas posibles, y que permitiría explicar *ex post* los caminos tomados, pero sí reconocer en la obra y en la trayectoria personal componentes variados que se actualizan en determinadas circunstancias históricas. En suma, se trata de huir de una esencialización en la cual el sociólogo se opone al político, y remontar una trayectoria biográfica singular, en la cual sin duda las circunstancias externas son fundamentales, pero el actor procura reconstruir su práctica y su discurso en un palco totalmente diferente, manteniendo continuidades y afinidades con su pasado.

La entrevista siguiente puede ser objeto de una triple lectura, todas ellas legítimas, aunque creamos que reducirla a una sola dimensión empobrece el análisis: como testimonio del político sobre la experiencia que le tocó vivir, como reconstrucción de esa experiencia en la cual el intelectual justifica al político, y como análisis sociológico de la experiencia del político. Sin duda los tres niveles se entrelazan constantemente. Pero si estos aspectos constituyen el objeto directo de la entrevista, de su lectura sobresale la singularidad de la figura de Fernando Henrique Cardoso y el telón de fondo de la sociabilidad y de la cultura brasileña. La singularidad de la figura, porque FHC urdió una forma particular de hacer sociología primero y política después. El telón de fondo de la cultura brasileña porque el lector, en particular el extranjero, no podrá dejar de notar que la forma de «estar en el mundo» de FHC está impregnada de una sociabilidad brasileña contraria al conflicto y a la confrontación, que mantiene los canales de comunicación siempre abiertos, incluso con los opositores (intelectuales o políticos).

Sociología y biografía son dos tipos de narrativas que se complementan, pero no se confunden. La sensibilidad sociológica ayuda a encuadrar el contexto familiar, social e histórico de una trayectoria individual, mas no explica su carácter inédito, las elecciones y soluciones creativas que el biografiado fue dando en el transcurso de su vida. El mismo origen social puede dar lugar a opciones opuestas, y lo que es verdadero para los grandes números no se aplica para casos individuales. En el famoso relato de la conversación entre Nikita Kruschev y Zhou Enlai, el premier soviético habría dicho: «lo que nos diferencia es que yo tengo un origen campesino pobre y usted proviene de la aristocracia», a lo que el líder chino habría respondido «y lo que tenemos en común es que ambos traicionamos nuestras clases de origen». La lógica de la reproducción social no es un dato obvio en casos individuales. Una biografía reducida a datos sociológicos es siempre una sociología mal hecha y una biografía empobrecida.

Para los autores de este texto, la relevancia de la presidencia de FHC, independientemente del juzgamiento específico sobre tal o cual política, fue la de haber contribuido decisivamente a la consolidación de las instituciones y la cultura democrática de Brasil. Esto implicó una forma de gobernar en que se respetó la separación de poderes, en la cual el político no se presentaba como salvador de la patria, inclusive, empequeñeciendo (a nuestro entender, sin necesidad) la construcción de un nuevo discurso político capaz de dar sentido simbólico y un horizonte mayor a las acciones del gobierno.

Esta entrevista a Fernando Henrique Cardoso[4] se concentra en las relaciones entre el político y el sociólogo, entre hacer sociología y hacer política. Centrado en la figura de FHC, ella también se refiere al papel de otras figuras del gobierno, prevenientes de las ciencias sociales. En la medida de lo posible, la narrativa se esforzó para no caer en anacronismos, o sea, para no reconstruir el pasado en función del devenir posterior, aunque, en la medida en que se aproxima a los tiempos actuales, naturalmente el entrevistado no puede dejar de entrelazar acontecimientos y juzgamientos.

[4] Realizada en dos fases, entre enero y febrero de 2008.

ENTREVISTA

LA UNIVERSIDAD DE SÃO PAULO, FORMACIÓN ACADÉMICA Y VIDA POLÍTICA

En los años 1950 la temática de la sociología en la Universidad de São Paulo (USP), liderada por Florestan Fernandes, era muy poco vinculada a los problemas políticos del país. Ella cuidaba de problemas sociológicos, del pueblo, del cotidiano. Florestan tenía algunos trabajos publicados sobre folklore, y varios trabajos sobre los indios tupinambás, con muy poco que ver con una temática de amplio debate nacional. El ideal de varios profesores era transformar la USP en alguna cosa más parecida con Heidelberg, donde realmente imperase la reflexión filosófica y, en el caso de Florestan, ni tanto la filosófica, mucho más el razonamiento científico. La formación que ellos transmitían se oponía, incluso antes del surgimiento del ISEB[5], a la visión anteriormente prevaleciente, la del ensayismo en las ciencias sociales. Por ensayismo me refiero a Gilberto Freyre, hasta cierto punto al propio Sérgio Buarque, aunque un poco menos, pero aun Oliveira Viana era considerado dentro de esa categoría. Ensayistas son personas que ven cosas importantes, pero no se preocupan tanto con su fundamento empírico (expresión típicamente florestánica). Eso aunque Gilberto Freyre haya obtenido una formación académica razonable, pues fue discípulo de Franz Boas en la Universidad de Columbia. Pero había mucha preocupación de que una cosa es la ciencia, otra cosa son las visiones políticas, ideológicas, valorativas.

Florestan, especialmente, nos enseñaba el rigor científico. En los inicios de mis estudios, allá por los años 1949, 50, 51, prevalecía aún una visión bastante apoyada en los análisis durkheimianos, a causa de Fernando de Azevedo. Todos nosotros estudiábamos *Las reglas del método sociológico*, leíamos Descartes en los cursos de filosofía, un poquito de Kant (que yo no entendía) y bastante Durkheim. Después vino Weber, no había Marx. Marx vino mucho más tarde. Aunque Florestan hubiese hecho la traducción de uno de sus trabajos, no nos daba en la época cursos de dialéctica o de marxismo. Estaba interesado en la construcción del método funcionalista, pues había acabado de escribir *La organización social de los Tupinambá*, que es un bello libro, y estaba escribiendo *La función social de la guerra en los Tupinambá*, con introducciones metodológicas, pues la idea era la de hacer un análisis funcionalista. Entonces nosotros teníamos que leer tanto Parsons como Merton.

[5] El ISEB, Instituto Superior de Estudos Brasileiros, fue creado en Río de Janeiro en 1955 y cerrado por el golpe militar en 1964.

Florestan escribió más tarde, en los años 1950, *Los fundamentos empíricos de la explicación sociológica*, donde ya comenzaba a construir los tres altares, uno para Durkheim, otro para Weber y otro para Marx. Son tres altares: si usted estudia los procesos que son reiterativos, usted aplica Durkheim, si usted quisiera captar el sentido e interpretar la acción social, utiliza Weber, si usted quiere analizar las grandes transformaciones histórico-estructurales, usa Marx.

Había variantes, porque Roger Bastide, que tuvo mucha influencia sobre mí tenía otra visión. Bastide era un sociólogo interesante porque él no era durkheimiano, tuvo formación religiosa protestante y nos hacía leer de modo ecléctico Bergson, Mannheim y psicoanálisis, pero siempre con una perspectiva más abierta, sin limitarse a Durkheim. Florestan daba, en fin, los fundamentos de nuestra formación, insistía mucho en el rigor del método y en el análisis empírico.

También existía la presencia de Antonio Candido. Yo asistí al curso de Weber con Antonio Candido y él ya era un poco diferente de los otros profesores –tenía, digamos así, un pie un poco más en el ensayismo. Cuando fui asistente de historia económica de la profesora Alice Canabrava, en la Facultad de Economía, antes aun de terminar el curso de Ciencias Sociales, di clases de historia económica de Europa porque había leído *La historia económica y general* de Weber, y conocía Sombart. A cierta altura, yo y Alice no nos entendimos: ella era muy rigurosa y hacía investigación histórica rigurosa, usando una cantidad de datos infernal. Yo no entendía bien para dónde es que ella quería ir, entonces ella dijo: «usted es como Antonio Candido, ustedes nunca van a ser científicos». Yo consideré eso un elogio.

Pero la visión dominante era dada por Florestan. Es significativo que nosotros anduviésemos de delantales blancos en la facultad, y también cuando hacíamos investigación, porque éramos «científicos». En los años 1950, más aún en la segunda mitad de la década, se estaba produciendo una transformación brutal en San Pablo: huelgas, protestas, Getulio, Juscelino todo eso, y nosotros estábamos un tanto aislados de este mundo que estaba en ebullición. Estábamos comenzando a estudiar la estructura de clases y por ahí entró también un poco de Marx, pero Marx entró en la USP con mi generación, no con la generación de Florestan.

El estudio de Marx, que iniciamos con Giannotti, Octavio Ianni, Fernando Novaes y tantos otros, no vino de la universidad, vino de los seminarios que nosotros

hicimos sobre Marx[6], en nuestras casas. Florestan se oponía mucho a ellos, porque tenía miedo de una regresión al ensayismo. Un día él dijo: «ustedes van a acabar como aquel viejo» –el viejo era Lukács. Él tenía bastante miedo de que nosotros nos quedásemos con una visión basada en categorías y no en el análisis de procesos. Tenía razón, corríamos el riesgo de quedar con una visión retórica, abstracta de las cosas.

Nosotros no estábamos en el día a día de la política brasileña, ni cuando hicimos los seminarios sobre Marx. En mi caso particular, vivía un drama, porque mi padre era diputado. Eso al comienzo de los años 1950, en el tiempo de Getulio, cuando yo tenía un primo que era ministro de guerra, otro era gobernador de Río de Janeiro y, más tarde, un tío era presidente del Banco de Brasil, en el tiempo de Juscelino. Vivía esto cada vez que iba a Río; en San Pablo nadie sabía que yo tenía tales relaciones, pero yo acompañaba lo que estaba aconteciendo.

La política llegaba hasta mí, pero no llegaba propiamente a la universidad. Entonces personalmente, no tenía una reacción tan negativa al ISEB como los otros, mas no pasaría nunca mi evaluación para los trabajos, porque lo que se discutía en la política no sería «ciencia». A la hora de hacer una investigación –yo estaba haciendo un trabajo sobre los negros en Río Grande do Sur– ahí, mezclo métodos, no me quedo en el molde, pero siempre pretendiendo hacer un análisis «objetivo».

Posteriormente, cuando estudié los empresarios y el desarrollo económico, me aproximé más a la política. Al final de la década de 1950, nosotros creamos el Centro de Estudios de Sociología Industrial y del Trabajo (CESIT), fui el director de este centro y también quien hizo el centro, porque conseguí dinero con Fernando Gasparian[7] que presidía la Confederación Nacional de las Industrias (CNI). En aquella época, era casi impensable obtener apoyo de empresarios para investigación social, empero Gasparian dio el dinero. Compramos una kombi para hacer investigaciones, teníamos algún instrumental y disponíamos de investigadores. Sólo que coloqué el CESIT en la cátedra de Florestan, porque aunque yo hubiese sido el agente activo, el catedrático era Florestan, que sustituyera a Bastide, que había ido para Europa. Comenzamos a proponer un programa de investigaciones, diseñado por Florestan, ya interactuando con el mundo. Yo fui a estudiar los empresarios, Octavio Ianni fue a estudiar la máquina estatal, María Sylvia de Carvalho Franco

6 Un análisis detallado del seminario de Marx puede ser encontrado en Bernardo Sorj, *A construção intelectual do Brasil contemporâneo*, http://www.centroedelstein.org.br/pdf/AConstrucaoIntelectualDoBrasil.pdf.

7 Fernando Gasparian, empresario y político paulista.

fue a estudiar los hombres libres en el orden esclavócrata, y escribió una bella tesis. Leôncio Martins Rodrigues y José de Souza Martins, así como Gabriel Cohn y Gabriel Bolaffi trabajaron como asistentes y Juarez Brandão Lopes no era parte del grupo, pero estaba próximo.

A mediados de los años 1950, un sociólogo francés, Georges Friedmann, que era el gran *patrón* de la sociología del trabajo francesa, visitó nuestro Departamento de Sociología. Como yo tenía auto y hablaba francés, anduve con él por San Pablo, y estuve bastante próximo de él. Vino para el Departamento para comenzar a discutir esa cuestión de la sociología del trabajo. A cierta altura dijo: «ustedes precisan de una persona más joven aquí, voy a mandar un asistente mío», era Alain Touraine. Entonces vino Touraine y pasó unos tres meses aquí, dando cursos. Touraine leyó ensayos que hicimos para ser publicados en la revista de Sartre. Sartre había estado con nosotros en Brasil (si usted fuese a ver mi tesis sobre esclavitud, tiene influencia sartriana en la utilización de la dialéctica). Bien, entonces Touraine llegó, leyó nuestros trabajos e hizo comentarios: «ustedes están describiendo Brasil como si estuviesen en Europa, con clases sociales bien establecidas, pero no es así. El Estado aquí tiene más fuerza que las clases, la idea de nación es central». Touraine siempre tuvo esa preocupación con la nación y el Estado. Y al mismo tiempo en que elogió lo que nosotros habíamos hecho, colocó unos puntitos de duda en nuestro naciente marxismo con sabor de Sena. Touraine me influyó mucho, y él fue quien dijo en el Departamento de Sociología que yo debería ser el director de ese Centro, lo que provocó cierto malestar porque Georges Friedmann, el jefe de él, vino muy vinculado a Fernando Azevedo y yo era vinculado a Florestan. En aquel tiempo la pelea era muy grande entre las dos cátedras de sociología.

RELACIÓN CON EL PARTIDO COMUNISTA

Mi proximidad con el partido comunista fue anterior a eso, bien al inicio de los años 1950, aunque no pueda decir exactamente de cuando a cuando. Yo era muy amigo, a esa altura, de Fernando Pedreira que estaba casado con Renina Katz, artista plástica, ambos comunistas en la época. Nosotros teníamos mucha proximidad, no me acuerdo exactamente como es que comenzó esa amistad, mas era grande. Fernando Pedreira había estado en Checoslovaquia, él ya era un poco escéptico pero era casi un ideólogo de la visión comunista para las artes. En 1951 fue la primera Bienal de San Pablo, entonces Pedreira escribió en la revista *Funda-*

mentos un artículo contra el abstraccionismo. Era la revista relacionada al partido comunista y por medio de esa gente, yo tenía relación con el partido.

Cuando Stalin murió, en 1953, ya hubo una reprimenda a la revista, porque las referencias no fueron suficientemente calurosas, y cuando fue el congreso de Kruschev[8] todos nosotros estábamos del lado de él. En la época todos salimos o nos alejamos del partido. Sólo volvimos a tener alguna actuación un poco después, cuando sucedió la invasión de Hungría, yo firmé un manifiesto contra la invasión. Entonces mi período de aproximación fue de 1949 a 55, y al final, nosotros ya estábamos muy desilusionados. Nunca voy olvidar cuando fui una vez a la casa de Paulo Emílio Salles Gomes con Agenor Parente, con Pedreira, Eduardo Sucupira, que era un periodista, y nosotros allí indignados con lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética y Paulo Emílio dijo: «¿Pero sólo ahora?». Cada generación tiene su momento de desilusión.

Por intermedio de esa gente, me aproximé también a un grupo que fundaría la *Revista Brasiliense* inmediatamente después. La *Revista Basiliense* era dirigida por Caio Prado Júnior, pero quien la llevaba en el día a día era Elías Chaves Neto, que era primo de Caio, un tipo admirable, vinculado a la más alta burguesía paulista del café, que siempre tuvo un sector intelectual de izquierda, y esos dos pertenecían a ella. Elías, aunque olvidado hoy, era un hombre muy importante en la vida cultural de la época. Entonces, pasé a escribir artículos para la *Revista Brasiliense*, que no era la revista del partido comunista, pero era próxima. Pero me estoy refiriendo, digamos, a mediados de los años 1950.

LA POLITIZACIÓN DEL DEBATE SOCIOLÓGICO

El seminario de Marx fue posterior a eso; entonces, en la época en que tuve contacto con la gente del partido comunista no había ninguna influencia intelectual, incluso porque el partido comunista no tenía esa preocupación, era una militancia necia, no era una militancia intelectualizada, y lo que nosotros escribíamos en la *Brasiliense* era bastante libre. En aquella época, por lo tanto, no éramos estrictamente militantes, ni éramos marxistas. Nosotros leímos Marx después y la lectura de Marx no tenía ninguna conexión con el movimiento político, era

[8] FHC se refiere al XX Congreso del Partido Comunista de URSS, en 1956, en que el secretario-general del partido, Nikita Kruschev, denunció los crímenes de Stalin.

una lectura muy en el espíritu de la antigua USP, académica, que tuvo influencia sobre nuestros libros, para empezar por mi tesis de doctorado sobre el *Capitalismo y esclavitud en el Brasil Meridional*.

Cuando escribí mi tesis de libre docencia sobre el empresariado industrial, que creo fue entre 1961 y 62, nosotros ya estábamos en plena ebullición janguista[9]. La visión del partido comunista era: usted tiene el imperialismo y tiene la lucha antiimperialista. ¿Quiénes eran los aliados de los trabajadores de Brasil? Todos menos los imperialistas, las empresas extranjeras y el latifundio. El resto era burguesía progresista, eran los intelectuales, era el pueblo, etc. Cuando fui a hacer la investigación encontré sólo dos empresarios con una ideología de «burguesía nacional»: Fernando Gasparian y Ermírio de Morais. Eran los únicos, todos los otros estaban en plena conspiración contra Jango (yo no sabía). Entonces usted puede ver que mi análisis era heterodoxo, pero ya era parte directa del debate político.

En la época yo tenía mucha influencia en el Consejo Universitario, fui electo representante de los antiguos alumnos en el consejo universitario en una elección de masa, 5.000 votos, yo y Delfim [Netto]. Delfim era mi suplente (representando la derecha moderna), contra el candidato de la Facultad de Derecho, que movilizó los abogados y los delegados de policía, y fue una cosa notable en aquella época. Fuera de eso, nuestra visión era la de un mundo académico, en cuanto el personal de ISEB en Río estaba directamente vinculado al Ministerio de Educación, que lo financiaba. Eso para nosotros era pecado, era pecado estar vinculado al aparato estatal. Pero Florestan gustaba de Guerreiro Ramos[10], que era de ISEB. El primer trabajo que escribí en sociología fue una investigación que hice fuera de la USP, con Guerreiro Ramos y fue para el SENAI[11] sobre el aprendizaje en sus cursos. Hice investigación de campo aquí en San Pablo en la periferia con jóvenes que estaban en SENAI y con algunos trabajadores.

El núcleo central del ISEB tenía un discurso más propiamente ideológico, pero Hélio Jaguaribe tiene artículos admirables de esa época. El propio Candido Mendes tiene buenos análisis para aquella época. En la USP, el hecho de tener nosotros nuestro lenguaje académico nos llevaba a una descripción menos valorativa de los procesos, menos apasionada, menos, digamos, explícitamente normativa.

[9] Se refiere a Jango Goulart, presidente de Brasil de 1961 hasta el golpe militar de marzo de 1964.

[10] Sociólogo.

[11] Serviço Nacional de Aprendizagem Industrial.

POLÍTICA Y NACIONALISMO EN LOS TIEMPOS DE LA USP

Mi nacionalismo tuvo la influencia de mi padre. Participé en la lucha por el «petróleo es nuestro». Pero eso no entraba en los escritos, en los estudios. Hubo un momento en que los de la USP entraron un poco más en un tema más general: fue la defensa de la escuela pública. Florestan fue el jefe. Él, Fernando Azevedo y Antonio Candido. Yo iba a los sindicatos a hacer discusión, Florestan también. Ahí nosotros teníamos cierta visión republicana, la defensa del estado laico y republicano, y la escuela tiene que ser pública y democrática. Esa opción, digamos así, era sancionada en ese sector de la universidad.

Nosotros éramos percibidos, en el conjunto de la universidad, como de izquierda, a despecho de que estuviésemos en una onda más intelectual, casi todos en el departamento, o habían sido o eran del partido socialista o habían tenido alguna militancia (Florestan dijo que había tenido una militancia trotskista. Y pienso que menos que militancia, tuvo una simpatía). Pero no transparentaba en los cursos. Los cursos para mí, luego que entré en la Facultad, eran decepcionantes. Entré allá porque quería cambiar el mundo, con el socialismo, y no sabía muy bien lo que era eso, pero el sentimiento era ese. El curso era sobre indio tupinambá, todo el tiempo había preocupación con la metodología. Lo que nos daba un poco más de relación con lo que se quería y con lo que hacíamos era Karl Mannheim, porque hacía referencias al planeamiento, esas cosas. Pero en el curso, Durkheim era bastante aburrido; aburrido, decepcionante (aunque él hubiese escrito un libro sobre el socialismo). En filosofía, el profesor Cunha Andrade, un sujeto bastante elocuente, sólo nos enseñaba los pre-socráticos aunque él era comunista o próximo. El primer trabajo que escribí en la universidad fue sobre Parménides. Entonces, el curso era así, separado del mundo, había cierta esquizofrenia, que se fue diluyendo. Evidentemente, después de 1964 se diluyó enteramente.

El gobierno de Getulio era muy mal visto en San Pablo por la elite paulista, pero no por el pueblo, porque él fue electo Senador por aquí, ganó la elección aquí. Yo no podía estar contra Getulio, afectivamente, no podía porque era muy difícil, era ponerme contra toda la historia de mi familia. El día que murió Getulio, yo, evidentemente, fui para la plaza, con Ruth, fuimos para la Plaza de Sé. Emocionalmente nosotros estábamos con Getulio, ahora, la universidad no estaba con Getulio. Yo también estaba con Juscelino. Todo el mundo tenía horror, porque Juscelino era la aproximación con el capital extranjero. Juscelino, ¿qué hizo? Dio el primer paso para la internacionalización. Mi padre era diputado, a favor

de Juscelino, pero había una especie de corte entre el mundo de la política y el mundo de la USP. Aunque yo estuviese sentimentalmente y hasta políticamente del otro lado, en la academia, en las aulas, yo no hablaba de política.

El curso que yo daba en los años 1950 está publicado en *El hombre y la sociedad*. El libro contiene los textos básicos de mi curso y era un curso de sociología normal, inclusive con los funcionalistas, Parsons y Merton, era un *pot-pourri* de la sociología de la época. Nosotros teníamos una idea muy académica, que encuentro correcta, de que el profesor no tiene derecho de influir políticamente en los alumnos, tiene que darles cierto instrumental, y nosotros dábamos este instrumental.

Es claro que el gran estudio de Florestan en esa época, que ya es posterior a mi entrada en la facultad, ya al final de mi estadía en la facultad, fue sobre los negros, y yo trabajé en la investigación. Con este trabajo, nosotros comenzamos a hacer investigación de campo con las capas más pobres de Brasil, que eran los negros, yendo para conventillos, cosas de ese tipo. En esas investigaciones de campo, iba Bastide masticando un puro, hablando aquel portugués de francés de él, pero él era muy simpático, captaba bien el ambiente, las relaciones entre negros y blancos. Y Florestan de alguna manera, en el trabajo sobre los negros, recupera la dimensión valorativa. Discute el movimiento negro, y toma partido. Con los tupinambás no podía tomar partido.

De alguna forma, yo era nacionalista de corazón, de tradición, asociado a una ciencia social profundamente universalista. Estaba un poco del lado del ISEB. Gilberto Freyre ya había mostrado que este país es otro, que la sociabilidad es otra. Ese tema vuelve, después, en los textos de CEBRAP, cuando escribíamos que aquí las clases no son las mismas, que «las aves que aquí gorjean no gorjean como allá»[12]. En *Capitalismo y esclavitud en el Brasil Meridional*, yo digo que no es posible analizar la esclavitud en Brasil en los términos marxistas, quiero decir, esclavo no es operario, el operario puede tener consciencia de clase y proponer que la sociedad se modifique a su semejanza. El negro esclavo no tiene consciencia de clase, porque no es clase y no puede proponer que su situación se generalice, porque él no va proponer la esclavitud, va querer lo opuesto, va querer asemejarse al otro, no es transformar el otro en él, en tanto que el trabajador quiere transformar el burgués en él, trabajador. Eso es diferente, conceptualmente hablando. Igualmente, usted no puede hablar de capital variable cuando compra un esclavo. En fin, hago

[12] Verso del poema *Canção do exílio*, de Gonçalves Dias, escrito en 1843.

opciones y elucubraciones conceptuales para mostrar que no es posible usar en Brasil las categorías que se aplican al desarrollo del capitalismo en Europa. Por otro lado, la esclavitud brasileña es una esclavitud que se inserta en el capitalismo mercantil. En nuestro caso, la esclavitud suponía un trabajo forzado, pero para producir mercaderías a ser vendidas en el mercado internacional.

Retomo esa dialéctica, de alguna manera, en el trabajo sobre el empresario industrial, cuando digo: la burguesía brasileña no va a tener el papel que tuvo la burguesía francesa, es otra cosa, ella no se percibe como clase dominante. En el libro *Dependencia y desarrollo en América Latina* generalizo esa relación entre lo universal y lo nacional, particular. Las cosas no son ni como quería el ISEB, o sea, todo es particular, pero tampoco no todo es homogéneo por ser universal. Mi argumento es que hay un juego entre determinaciones que son generales y situaciones particulares en que ellas se inscriben, y que esa articulación crea trayectorias, historias de modernización diferenciadas. El juego entre lo general y lo particular es lo que tiene que ser hecho para analizar cuál es la trama de relaciones que une los países de la periferia y los países del centro. En el fondo es eso, yo estaba intentando resolver de una manera «científica» la división entre ciencia y vida.

DESCUBRIENDO AMÉRICA LATINA: EN FRANCIA Y EN CHILE

En Francia la experiencia fue académica. Francia de 1960, 61, cuando estuve allá la primera vez, era una Francia todavía en recuperación de la guerra, empero era una Francia que tenía vigor intelectual. Yo tuve la suerte de ser alumno de Raymond Aron y después de Alain Touraine. Había mucha discusión, mas eran cosas altamente abstractas, incluso cuando se referían a la revolución, era la de los otros mucho más que de Francia, era apoyar lo que estaba aconteciendo fuera. Cuando fui para Chile, en 1964, me contacté con intelectuales de toda América Latina, de México, de Bolivia, de Argentina, de Uruguay, de Perú, muchos de ellos habían sido exilados. Digamos que caí en la realidad latino-americana, por primera vez, porque hasta entonces mi realidad había sido la realidad de Brasil en contraposición con el mundo, y el mundo era Francia o Estados Unidos. Yo ya había hecho alguna investigación en Argentina, en México, en Chile, pero mi visión de América Latina era restricta, mi conocimiento era de Brasil. En Chile, conocí las diferencias y las similitudes de América Latina y eso tuvo un efecto muy grande, relativizó mucho mi visión de Brasil, de la excepcionalidad de Brasil.

Yo ya me sabía latinoamericano, pero no conocía realmente el mundo latinoamericano. Me descubrí latinoamericano en París, porque tenía más afinidad con los argentinos y con los uruguayos, especialmente, que con los franceses, aunque no hablase español y hablase francés. Lo que muestra cómo era el mundo brasileño, era un mundo de ping-pong con Francia o con Estados Unidos, eventualmente con Inglaterra, en la cuestión de la antropología, pero no era el mundo latinoamericano. Nosotros leíamos español a causa de la editora Fondo de Cultura Económica, que traducía al español y publicaba los clásicos de las ciencias sociales y de la economía, pero no teníamos la vivencia latino-americana. Aunque yo la tuviese un poco más, a causa del Centro de América Latina en Río de Janeiro, con Manuel Diegues Jr.[13], a causa de Stavenhagen[14], que vino para acá, a causa de Gino Germani[15], de quien me hice amigo y que me invitó a dictar un curso en Buenos Aires, a causa de Torcuato Di Tella[16], en fin, a través de estos contactos. Cuando hice investigación en 1961, con Leoncio Rodrigues, en Argentina, entré en contacto con esa gente. Pero fue sólo en Chile que mi visión de América Latina se amplió.

El Chile en que viví era el Chile de Eduardo Frei, el padre, que vivía un momento de, digamos así, cierta velocidad transformadora. La reflexión era alimentada más por Cuba y después por Guevara, una experiencia que tenía poco que ver con el Cono Sur. Más tarde, estuve en Chile, diversas veces, pero sin residir, en el tiempo de Allende. En el tiempo de Frei, todavía había espacio para una reflexión no digo desconectada de la política, pero sin estar inmersa en la política. La zambullida vino después, con Allende.

Había una vida intelectual muy intensa en Cepal a mediados de los años 1960. Los temas centrales eran el desarrollo, el papel del Estado, el crecimiento con cambio estructural, si y cómo sería posible. Las figuras predominantes eran las de Raúl Prebisch y José Medina Echevarría. No era una temática político-partidaria, mas era una temática contemporánea. Cuando escribí sobre desarrollo y dependencia, yo estaba polemizando para dentro y para fuera de Cepal. Para fuera, con las teorías comunistas del imperialismo, que eran incorrectas para comprender el tipo de asociación que se estaba estableciendo entre el centro y la periferia del capitalismo, que poco tenía que ver con los procesos ocurridos en el siglo XIX.

[13] Antropólogo y sociólogo brasileño.

[14] Rodolfo Stavenhagen, sociólogo mexicano.

[15] Sociólogo ítalo-argentino.

[16] Sociólogo argentino.

Más o menos al mismo momento, sale el libro de Debray sobre la guerrilla y el castrismo y los textos del Che Guevara. Ellos no influenciaron los debates en la Cepal, ni en mí. Los libros tuvieron un peso avasallador e influenciaron la lectura que se hizo de mi libro con Faletto. Una lectura errada, que no entendió el sentido que dábamos a la noción de desarrollo asociado (entre el centro y la periferia) y ponía el énfasis en la idea de dependencia, como una relación de dependencia que impedía el desarrollo. El argumento del Che tenía explícita finalidad política. La lectura de la sociedad latino-americana servía para justificar la estrategia «foquista» rumbo a la revolución socialista.

En el libro *Dependencia y Desarrollo* yo no hice teoría. Además, nunca me interesé en producir «teoría pura». En Francia, en 1968, Marta Harnecker[17], muy relacionada en la época a Althusser –hoy ella está vinculada a Chávez– quería mucho que yo me aproximase a Althusser. Yo dije: «Marta, no quiero tener ese tipo de vida, no quiero limitarme a hacer teoría pura porque ella vacía los contenidos». Cuando comenzaron a decir que había una teoría de la dependencia, protesté. No existe teoría de la dependencia, existe teoría del capital. La dependencia es una noción, porque teoría implica que el objeto sea un modo de producción específico, que tenga reglas propias, y la dependencia no es eso.

DEMOCRACIA Y CAMBIO SOCIAL

El tema de la democracia me fue puesto en la carne con el golpe de 1964 y el exilio, que vino en seguida. El exilio fue un hecho muy violento, para mí un hecho casi incomprensible. Yo estaba en la universidad, era, digamos, socialista, en el sentido genérico, pero no específico, no militaba en una organización partidaria, aunque tuviese relaciones con las personas que estaban vinculadas al gobierno, básicamente Darcy Ribeiro, que era amigo mío. Yo no me sentía, sin embargo, ni anímicamente, ni intelectualmente, próximo de João Goulart. El populismo nunca fue un fenómeno muy bien visto en la USP y Jango era para nosotros el populismo. Nosotros leíamos la sociedad a través del lente de la teoría de clases: nosotros no sabíamos bien lo que era Jango.

Ser arrancado de su país es una cosa muy fuerte, muy, muy fuerte, es una violencia. Una violencia emocional muy grande. Creo que toda persona que vivió

17 Socióloga chilena.

en el exilio tiene esa sensación, por mejor que sea la situación del exilio, es inútil, usted fue echado.

No existe dulce exilio. Para mí, había una cuestión especialmente delicada porque yo había sido echado por los militares. Y mi padre era militar, aunque haya sido siempre una persona de cabeza muy abierta; era abogado también, militaba como abogado. El Ejército para nosotros, desde niño, era como si fuese la familia, era como estar en casa, nunca un poder agresor. En mi cabeza, cuando niño, adolescente, era el sustento de la patria. Entonces, cuando viene la dictadura, cuando fui expulsado, por los militares, fue emocionalmente complicado para mí.

Otro momento importante para mi reflexión sobre la democracia y el cambio social fue la Francia en 1968. Yo había salido de Chile para Francia y acompañé muy de cerca los eventos en París. Entre febrero y junio de 1968, era un país entero en ebullición, hirviendo. Debates de todo tipo, y era difícil para mí entender una «revolución cultural». Y era de eso que se trataba, no era una revolución social. Yo hasta escribí en la época: «ellos aquí están hablando de los hambrientos de la tierra», pero son todos gordos. Era una movilización de la pequeña burguesía francesa estudiantil e intelectualizada, que hablaba un nuevo lenguaje político y cultural, o al menos intentaba hablar.

Nunca me olvido que fui a una reunión de jóvenes profesores de Nanterre, a invitación de Lucien Goldmann, para escuchar a Marcuse, que estaba en Francia. Él estaba participando de un seminario que Unesco patrocinó sobre Marx, porque era, creo, el 150 aniversario de su nacimiento. Hubo una gran reunión y yo fui allá. Había una falta total de entendimiento recíproco. Marcuse estaba acostumbrado con los temas de la izquierda estadounidense, pues daba clase en Estados Unidos: los guetos, la segregación racial, etc. Más allá de eso, Marcuse era un filósofo clásico, que se apoyaba en Kant, Hegel, etc. Los jóvenes allí no querían leer nada de eso y no expresaban «oprimido» alguno, en el sentido clásico, de socialmente oprimidos. Fue un diálogo de desencuentros. Después de esa reunión, anduve por las barricadas, con Hobsbawn, con Touraine, con Pizzorno. Discutíamos incesantemente un fenómeno que las categorías clásicas de la sociología tenían dificultad para explicar.

Años más tarde, inspirado por aquella experiencia, escribí, en un discurso de transmisión de la presidencia de la Asociación Internacional de Sociología, en Nueva Delhi, que en las sociedades complejas los cambios pueden darse por cortocircuito: una perturbación que puede ocurrir en cualquier nivel de la estructura,

de repente toma fuego, se propaga, no necesariamente porque por atrás de ellas estén fuerzas socialmente organizadas o porque respondan a las tensiones económicamente estructurales. Hoy los sociólogos estadounidenses redescubrieron el tema y hablan de cambios a partir de un *tipping point*.

Pero vi no sólo la irrupción y la escalada creciente de los conflictos de 1968 en Francia. Vi también cómo De Gaulle reaccionó, cómo dio vuelta el juego a partir de mediados de año, cómo la mayoría silenciosa fue a las calles (la mayor manifestación que vi, en verdad, fue de la derecha francesa), cómo se restableció el orden como si nada hubiese ocurrido. Aparentemente. Porque el orden en Francia nunca más fue el mismo, aunque políticamente la «revolución de mayo» haya sido derrotada. Todas esas experiencias marcaron mucho mi pensamiento: no se puede ser mecanicista en los análisis de las estructuras sociales, de los cambios políticos, como si éstos tradujesen linealmente lo que pasa en aquéllas, como si las ideologías y los actores no tuviesen cierta autonomía.

Después de Francia, volví para Brasil. Volví muy imbuido de lo que había aprendido en la Cepal, y yo me sentía un sociólogo bastante preparado, mucho más que cuando había dejado Brasil, con una visión más amplia del mundo. Yo tenía muchos más contactos, había viajado, y creía que Brasil tenía que avanzar más en su modernización.

Llegando a Brasil di concurso y gané la cátedra de ciencia política. Después, sin embargo, fui proscripto. Mi cátedra duró seis meses. Otra violencia. Decidí quedarme en Brasil y rechacé invitaciones para ser profesor en Francia y en Estados Unidos. Tomé, junto con otros profesores de la USP, la decisión de fundar el CEBRAP. Procuré la gente de la Fundación Ford, porque me había familiarizado con ese mundo de las fundaciones cuando estuve en la Cepal. Fue una decisión difícil procurar la Fundación Ford, que era representada en Brasil por una persona de coraje, que se volvió un amigo, Peter Bell. Florestan era contrario, Octavio Ianni era contrario, pues, al final, era dinero estadounidense, del «imperialismo».

El golpe, el exilio, la proscripción, la dificultad de obtener recursos para CEBRAP, todo eso me enseñó la importancia vital de la democracia, inclusive para la propia sobrevivencia, para poder desarrollar la actividad profesional en mi país. Democracia tiene importancia vital, no es sólo una teoría.

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA

Nunca voy olvidar que en una reunión de Unesco en Río, vi una muchacha de Cuba, Gida Bettancourt Roa. Ruth y yo y estábamos allá y la invitamos para venir a San Pablo y ella vino con nosotros. Nosotros vivíamos en Morumbí, en una casa bastante burguesa y ella se fascinó. Ruth la llevó a un shopping y me dijo después: «no la voy a llevar más, porque va a dar una confusión en la cabeza de ella». Ella no entendía nada porque, al mismo tiempo, íbamos a la Facultad de Filosofía, donde dábamos clase, y allá tocaban un disco de la *Internacional* todo el tiempo, todo el tiempo. Ella no entendía nada, y tenía razón en no entender, porque vivíamos en una confusión total en aquella época.

El tema del socialismo y de la democracia nunca fue enfrentado de frente en el período de la dictadura, inclusive porque hacer ciertas críticas al comportamiento de las izquierdas en el período de los golpes militares, hacer críticas a la lucha armada, podría ser interpretado como adhesión al régimen. Recuerdo cierta vez en un seminario en México, en los años 1970, en que sustenté la tesis de que había desarrollo económico en Brasil bajo la dictadura. Casi fui linchado por Octavio Ianni, como si aquella afirmación equivaliese a la adhesión a los valores de la dictadura. Lo que yo decía es que estaba habiendo transformación estructural de la sociedad, que había no sólo crecimiento económico, sino la formación de una nueva clase media, de una nueva clase operaria (que, después, serían actores importantes de la redemocratización, agregaría hoy). Pero la visión dominante en la época es que no podría haber desarrollo bajo la dictadura. Hasta Celso Furtado y Hélio Jaguaribe hablaban así.

El tema de la democracia surge nuevamente porque el espíritu científico supone libertad, la duda, la desmitificación[18]. En los años 1970, varios de nosotros comenzamos a valorar la cuestión de la democracia, la veíamos no como una estratagema, una táctica, una etapa, sino como un valor y como un objetivo central. Junto con la democracia como valor, descubrimos la sociedad civil como actor, como forma y espacio de actuación política, organización y presión, sin pasar necesariamente por los partidos, por la forma partidaria.

[18] Uno de los autores de esta entrevista recuerda una conversación con Fernando Henrique en la década de 1970 donde él señalaba que no creía correcto criticar abiertamente a los grupos comunistas asociados a la lucha armada en cuanto se vivía una dictadura, pero que no tenía duda que, si estos grupos llegasen al poder, él estaría entre los primeros de la lista de fusilados.

Para algunos, la sociedad civil excluía los partidos. Había movimientos contra la dictadura que no querían entrar en partidos. En la época, el MDB [Movimento Democrático Brasileiro] era el único partido legal de la oposición. Fui uno de los primeros en decir: tenemos que juntarnos al MDB, pues sin la mediación de los partidos no es posible cambiar la estructura estatal.

Poco a poco, mi convicción democrática pasó a estar en conflicto con lo que había en mí de tradición nacional-estatista. No llegué a la crítica del nacional-estatismo por la vía del liberalismo económico. Llegué antes por la vía de la convicción democrática, por la percepción de que el nacional-estatismo es concentrador de poder, poder económico y poder político, y puede sofocar la democracia. Eso no es un tema sólo del pasado. Es un tema del presente en Brasil y en América Latina, para quedar en esa región del mundo. El pensamiento nacional-estatista no es contra el capitalismo: es contra las formas más liberales del capitalismo. En Brasil, todo capitalismo que pueda ser estatizante tiene más aceptación que las formas liberales de capitalismo. El capitalismo del tipo que existió en Venecia, por la fusión del Estado con el capital privado, era distinto del capitalismo que existió en Génova, donde Estado y capital privado estaban más separados. Aquí nosotros somos más venecianos que genoveses.

En los años 1970, por causa de la emergencia de la sociedad civil, que después desembocaría, con los partidos y con los medios, en la campaña de las [elecciones] directas, ya aparece una reivindicación democrática con base popular, no liberal elitista. Y es importante que no se pierda eso de vista, porque al mismo tiempo en que la democracia se vuelve un valor, ese valor viene impregnado, como históricamente ocurrió en todas las sociedades y no podría ser diferente en Brasil, de las reivindicaciones concretas del pueblo por mayor participación en la vida política y en la vida económica y social.

Poco a poco –y en ese proceso las influencias de Bobbio, de Hirschman y del propio Touraine fueron importantes– la reflexión teórica sobre la democracia comenzó a ganar relevancia, aunque la discusión económica, sobre el crecimiento, la lucha, el desarrollo, continuase siendo dominante.

El pensamiento de izquierda brasileño es mucho más estatal, desarrollista, que democrático. No entra la cuestión de la democracia. Y continua así. Usted ve hoy, de nuevo, la tendencia estatizante, ella es contra la competencia. Vea ahora lo que van hacer con las telefónicas, lo que van hacer con la petroquímica, disminuir la competencia y crear grandes unidades productivas estatales, no van a percibir que eso

va aumentar la concentración de renta, porque esas unidades productivas estatales aumentan la concentración de renta. Pero eso no es la preocupación dominante, la preocupación es afirmar que el Estado va a hacer el desarrollo. No pasa por la idea de ofrecer oportunidad para todos, de democracia, de regulación que permita control social del acto público. Subliminalmente, el Estado es señor absoluto.

LA EXPERIENCIA SOCIOLÓGICA EN LA PRESIDENCIA

Todo el tiempo procuré estar en el ojo del huracán y alejarme del huracán para entender los acontecimientos. Mi vicio de intelectual, mi formación, me ayudó a, por aproximación y distanciamiento, comprender los procesos sociales y políticos más amplios por atrás de los acontecimientos del día a día.

Pero, creo que lo que más me ayudó fue mi experiencia de investigación de campo. En mis investigaciones sobre los negros, sobre la clase operaria, sobre el empresariado, en fin, sectores y personas muy diversos, aprendí a oír, a escuchar al otro. Ese entrenamiento me valió mucho como presidente de la República, como político y como presidente de la República. Porque al revés de usted juzgar al otro, usted deja que el otro hable, para procurar entender cuáles son sus motivaciones, cuáles son sus objetivos. La gente sabe que en la vida social, en general, y en la vida política, en especial, una parte importante de los personajes son la escoria, son canallas. Pero aun escoria, usted tiene que entenderla. Es inútil cortar, dejar de oír, de hablar, porque el sujeto es un bellaco. Usted tiene que oír y procurar entender qué tipo de bellaco es, qué quiere, hasta dónde va, qué representa.

Por escuchar, yo tenía fama de estar de acuerdo con todo el mundo que venía a encontrarse conmigo en el Palacio. El tipo salía de allá feliz de la vida. Y yo, entendiendo mejor cuáles eran sus motivaciones, los intereses que representaba, su estilo de actuación política. No quiere decir, para nada, que yo hubiese concordado con él. Yo apenas dejaba que hablasen sin estar objetando, juzgando. Como en una investigación de campo, usted no va para concordar, usted va para registrar lo que va oír. Y hacer preguntas para que el otro hable más. Eso me ayudó a entender el entramado de relaciones. Para eso, es necesaria una actitud no prejuiciosa. Un político, mucho menos un presidente, no debe decir: yo sólo hablo con los «buenos». Incluso porque los «buenos» de vez en cuando hacen una desfachatez y los «malos» de vez en cuando hacen cosas buenas. Hay cierta dialéctica, no es todo maniqueísta.

CIENTÍFICOS SOCIALES EN EL GOBIERNO

El impulso fundamental en el gobierno fue dado por el plan de estabilización económica. El Plan Real dio poder a los economistas. Era claro para mí, sin embargo, que la lógica de los economistas no podría dominar todo el gobierno. Por eso, nombré ministros fuertes para las áreas sociales. Paulo Renato[19] para Educación y primero Jatene[20] y después Serra[21] para la Salud. El choque con el área económica era grande. Yo arbitraba. La prioridad a la Educación y a la Salud fue grande. Por ejemplo, para financiar la universalización de la enseñanza fundamental, hice excepción al destino exclusivo de los recursos de las privatizaciones para el abatimiento de la deuda pública. Recursos obtenidos en los remates de concesión de las bandas de telefonía celular fueran utilizados para financiar el programa «Todo Niño en la Escuela». Apoyé a la batalla del ministro Jatene por la creación de una fuente adicional de financiamiento de la Salud, con la creación del «impuesto al cheque», en verdad un tributo sobre el movimiento financiero. Y después a Serra, en la aprobación de una enmienda constitucional que garantizó más recursos para la Salud. En todos esos casos enfrentando resistencias del área económica.

Vilmar Faria, que era sociólogo y había trabajado conmigo en Chile y en CEBRAP, fue fundamental en la definición de las directrices para las políticas sociales. Él tenía una visión en relación a cómo deberían estructurarse los servicios sociales básicos, tenía mucho prestigio con los principales técnicos de esos sectores, muchos de ellos provenientes de la universidad, tenía diálogo con los ministros del área y contaba con mi total confianza. Él inspiró y dirigió la Cámara Sectorial de las Políticas Sociales, una instancia de articulación de las políticas de gobierno cono las diversas áreas sociales. Después, se tornó jefe de la Asesoría Especial de la Presidencia de la República.

Vilmar fue decisivo no sólo en la concepción, sino también en algunas decisiones estratégicas. Por ejemplo, cuando el ministro Jatene, que ocupó la cartera de Salud en los dos primeros años de mi gobierno, tuvo que salir, yo pedí a Vilmar que me ayudase a encontrar un nombre que conociese el sector, pero que no representase a ninguna de las corporaciones del área de la Salud, en especial los hospitales. Él aliaba conocimiento técnico, capacidad de diálogo y humildad para oír a los otros.

[19] Paulo Renato Souza, economista, diputado federal.

[20] Adib Jatene, médico.

[21] José Serra, economista, gobernador del Estado de San Pablo.

De esa prospección de Vilmar, surgió el nombre de Carlos César de Albuquerque[22], que tuvo un papel importante en la institucionalización del Sistema Único de Salud. Vilmar ayudó también a convencer a Serra, de quien era muy amigo, a aceptar el Ministerio de Salud, después de Albuquerque. En verdad, Serra no fue ministro de Salud de mi gobierno desde el primer día porque él evaluó que no correspondería. Pero la invitación fue hecha.

Vilmar tenía esa noción de que precisábamos organizar el Estado para crear sistemas de oferta pública de servicios básicos. Tuvo también un rol importante en la reestructuración completa que hicimos del área de la asistencia social, que operaba histórica y tradicionalmente en los moldes del clientelismo. Un clientelismo que comenzó en los años 1930, con la creación de la Legión Brasileña de Asistencia, cuya primera presidente fue la esposa de Getulio, Darcy Vargas. Con el tiempo, bajo el paraguas del Ministerio de Bienestar Social, el asistencialismo ganó escala y potencial político-electoral. En el gobierno de Collor, explotó el escándalo del Ministerio de Bienestar Social, con vasta distribución de presupuesto sin ningún criterio técnicamente sólido. Toda esa estructura y esas prácticas fueron profundamente alteradas. Hoy el área de asistencia está mucho más institucionalizada, con programas de transferencia de renta que, por objeciones que se le puedan hacer, representan un avance monumental en relación a lo que existía «en los tiempos de la LBA».

La presencia de Ruth[23], antropóloga, tuvo también un efecto significativo en las políticas del gobierno. En especial, en la creación del programa Comunidad Solidaria, que abrió un espacio para la formación de asociaciones entre gobierno y el sector privado en el área social, bajo la forma de proyectos-pilotos que evaluaríamos y, si fuesen exitosos, adquirirían escala incorporándose posteriormente al universo de las políticas públicas. Entonces fue creada la Secretaría de la Comunidad Solidaria, que era la interface con el gobierno, y el Consejo de la Comunidad Solidaria, donde había representación de la sociedad. Una representación abarcadora, que iba de don Luciano Mendes de Almeida a Pedro Moreira Salles[24], de Viviane Senna[25] a Betinho que, más tarde, por razones políticas, renunció, pero no rompió con el gobierno, como suele acontecer en Brasil.

22 Médico, Ministro da Saúde de diciembre de 1996 a marzo de 1998.

23 Ruth Corrêa Leite Cardoso, esposa de Fernando Henrique Cardoso.

24 CEO de Unibanco.

25 Presidente del Instituto Ayrton Senna.

La idea, como dije, era hacer programas innovadores fuera de la máquina pública y después intentar incorporarlos a la administración pública. Vilmar, junto con Ruth, insistía en instituciones con fluidez y participación de la sociedad civil, para crear innovación en el área social y, después, «contaminar», en el buen sentido, al sector público con esas innovaciones.

Ruth presidía el Consejo, pero no interfería en la Secretaría de Comunidad Solidaria. El Consejo cuidaba de la articulación de la sociedad civil y la Secretaría de la articulación para dentro del gobierno. Eso fue muy mal comprendido. La oposición decía: es la vieja LBA bajo nuevos vestidos. Nunca entendieron, pues no les convenía, que el trabajo de Ruth no tenía nada que ver con el gobierno. Era con el sector privado.

NEOLIBERAL?

Una vez escribí que «nosotros no somos neoliberales, nosotros somos neo-socialistas, neo-sociales». Ya dije, mas voy a reiterar: sólo supe del Consenso de Washington después de estar en la presidencia. Yo nunca había leído el libro de Williamson[26]. El neoliberalismo es completamente ajeno a mi horizonte intelectual y político. Nunca hubo de mi parte un respaldo a las políticas llamadas neoliberales, aunque, leyendo después lo que Williamson proponía, vi que eran cosas en general de sentido común: equilibrio fiscal, quiebra de monopolios, mayor competencia, mayor apertura, etc.

Al principio, yo mismo tenía resistencia a la idea de las privatizaciones. Yo me acuerdo de que en la campaña electoral y todo el tiempo en los primeros años en la presidencia me preguntaban por la privatización de la Vale[27]. Y yo estaba convencido de que era lobby. No pasaba por mi cabeza la privatización de la Vale. Quien en algún momento conversó conmigo sobre eso fue Serra, que era favorable a la privatización de la empresa. Clóvis Carvalho[28] también era partidario y habló conmigo. No fueron los únicos, mas, entre los más próximos, fueron ellos solamente, que yo me acuerde.

[26] John Williamson, «What Washington Means by Policy Reform», en: J. Williamson. *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*,Washington D.C, Peterson Institute for International Economics, 1990, cap. 2.

[27] Antigua Companhia Vale do Rio Doce.

[28] Ministro de Desarrollo, Indústria y Comércio Exterior de Brasil, de julio a septiembre de 1999.

Me costó mucho aceptar la idea de la privatización de Vale. Yo era favorable a la privatización de las compañías siderúrgicas y de aquellos sectores en los cuales el Estado se había metido por quiebra de empresas del sector privado o por inexistencia, en el pasado, de condiciones para la inversión privada, como había sido el caso de la siderurgia. Pero yo creía que algunas empresas tenían cierto valor estratégico, entre ellas la Vale. La Compañía Siderúrgica Nacional, símbolo de la presencia estatal en el sector, fue privatizada por Itamar Franco, no por mí.

Dando un paso atrás, para intentar entender cómo mi visión sobre las empresas estatales fue poco a poco cambiando, me acuerdo cuando yo era líder del gobierno Sarney en el Senado: los nombramientos para las compañías telefónicas eran un escándalo. Nunca voy a olvidar una fuerte discusión que tuve con el diputado Roberto Cardoso Alves, en el salón de abajo del Palacio del Planalto, por causa de la nominación de directores de una compañía de telefonía en San Bernardo del Campo. Recuerdo también de cierta vez en que fui hablar con Antonio Carlos Magalhães[29], que entonces era ministro de Comunicaciones, para discutir nombramientos de directores de empresas estatales. Estábamos yo, Pimenta[30] y Ulysses[31]. Pimenta y yo éramos los que más objetábamos. Yo quería ver el currículo de los candidatos. Más tarde, Antonio Carlos dio un testimonio a *Veja* diciendo que yo era el único que me interesaba por la capacitación del candidato. Porque los partidos no pensaban en eso.

La verdad es que, cuando terminó la dictadura militar, en el gobierno de Sarney, vino el asalto al aparato público. Y fue hecho por el PMDB. Bajo el pretexto de tirar los malufistas[32], los udenistas[33], los que habían servido al gobierno militar. Yo no voy a decir que en el gobierno militar no haya habido mucha penetración por fuerzas no profesionales en las empresas públicas. Hubo. Describiendo la forma de representación de intereses en el régimen autoritario, yo hablé de la creación de anillos burocráticos, que ataban alianzas entre grupos privados y sectores específicos de la burocracia. Pero lo que vi en los primeros años del retorno a la democracia fue diferente: la nueva forma de representación de los intereses

[29] Gobernador de Bahía, ministro y senador.

[30] João Pimenta da Veiga Filho, diputado federal y ministro.

[31] Ulysses Guimarães, diputado y líder del PMDB.

[32] Partidarios de Paulo Maluf, empresario y político brasileño, dos veces alcaide de San Pablo y Gobernador del Estado.

[33] Partidarios de la UDN (Unión Democrática Nacional), partido creado en 1945.

implicaba la devastación del estado. Dije eso una vez a Sarney y a él no le gustó, mas es verdad: se hacía sorteo en las bancadas, entre los diputados, para decidir qué diputado tenía derecho a qué cargo. La recomendación en los directorios de las empresas públicas era política. Y en el caso de las compañías telefónicas era una cosa espantosa.

Las empresas públicas eran un botín, aquello no tenía nada que ver con el pueblo. Tenía que ver con intereses particulares de partidos y de personas. Eran estatales en el sentido abstracto porque concretamente ellas eran objeto del juego de intereses privados, de grupos, aunque bajo forma estatal. Pero el control no era realmente del Estado. En el régimen militar, el juego se daba en el círculo restricto de las burocracias y de los grandes grupos empresariales, pero había cierta racionalidad, cuestionable, mas había. Con el retorno a la democracia, el virus del clientelismo y de la corrupción se tornó más vigoroso y se diseminó.

Además de ver de cerca la apropiación política de las empresas estatales, yo oía a los economistas. El Estado no tenía recursos para invertir, la mayoría de las empresas estatales era deficitaria y el gobierno tenía una deuda creciente. Precisábamos de capital privado para la inversión y de recursos para abatir la deuda. Nosotros hicimos la privatización, en mi gobierno, con ese doble objetivo: para abatir deuda y para abrir espacio para la inversión privada. Además de problemas de financiamiento, las empresas estatales estaban regidas por reglamentos muy burocráticos. Ellas no podían competir con el sector privado porque estaban amarradas. Entonces yo acabé estando de acuerdo con la privatización de la Vale y el resultado está ahí. Ella tenía valor de mercado de ocho mil cuatrocientos millones de reales cuando fue vendida. Hoy su valor es de ciento cuarenta mil millones de dólares. ¿Por qué? Porque ella fue capitalizada, ganó mercados y eficiencia y hoy ella paga más al Tesoro, en tributos, de lo que jamás pagó en dividendos cuando era estatal.

Siempre dije que yo no era ni privatista ni estatista, por principio. Depende de la circunstancia histórica. Nunca fui favorable a la privatización de Petrobras. Cuando se armó una gritería en el Senado sobre el tema dije: «mando una carta al Senado diciendo que no voy a privatizar». Porque era y continúa siendo mi pensamiento, no privatizar Petrobras. Pero sí forzarla a competir, quebrar el monopolio. Nosotros deshicimos la confusión que había entre el Estado y Petrobras. Quien tiene el monopolio sobre el suelo es el Estado, no es Petrobras. El Estado continúa con el monopolio del subsuelo. Ahora, puede conceder la exploración a quien quisiere, dentro de condiciones. Cuando nosotros abrimos el mercado,

dimos inmensa ventaja a Petrobras: lo que ella había descubierto quedó bajo control de ella, no fue puesto a remate. Lo que ella sabía que tenía probabilidad de tener buenos yacimientos también quedó. Creamos una agencia independiente para regular el sector, la ANP, independiente del gobierno e independiente de Petrobras. Dígase de paso que hoy la agencia no vale casi más nada, perdió sustancia, poder: Petrobras manda en todo de nuevo. Está volviendo a ser una empresa casi monopolista. Yo mismo tuve mucha dificultad para controlar la Petrobras.

Yo no fui favorable a la privatización del Banco do Brasil tampoco. Había dentro del gobierno quienes querían. El PSDB nunca fue muy privatista, no es hasta hoy, tiene dudas. El PFL[34] siempre quiso. Luis Eduardo[35] siempre hablaba de eso, Bornhausen[36] también, pero yo nunca estuve de acuerdo con la privatización del Banco do Brasil. Al comienzo, la razón fundamental para mí era el financiamiento de la política agrícola. Esa razón desapareció porque nosotros mudamos el sistema de financiamiento y hoy puede valerse de instrumentos de mercado. Pero yo creía que sería bueno que el gobierno tuviese un instrumento financiero poderoso, desde que el banco se transformase en una empresa competitiva. Cosa que hicimos en la Petrobras e hicimos también en el Banco do Brasil, estableciendo reglas de gobernanza y ampliando la participación de los accionistas privados. En el sector de energía, nosotros privatizamos la distribución. No la generación, por resistencias políticas. Y el sistema energético quedó siempre inconcluso, como continúa hasta hoy. Todavía ahora no se sabe cuál es el modelo.

La mayor generadora del país, Furnas, no fue privatizada porque era controlada por un consorcio de todos los partidos mineros, y continúa siendo. Nunca conseguimos realmente controlar Furnas porque ella es un instrumento poderoso en la política de Minas Gerais. Yo intenté privatizar, mas no conseguí. El PFL, que se decía privatista, no se mostraba interesado. Los partidos eran contra.

¿Dónde la privatización fue más exitosa?, en la telefonía. ¿Quién privatizó? ¿El PSDB? Gente del PSDB que no quería utilizar el Estado para fines del partido. Sergio Motta tenía mucho liderazgo y compromiso partidario. Pero como ministro de Estado era diferente. Él no nombraba personas del PSDB, nombraba gente que él creía era competente y que tenía noción de lo que fuese un Estado moderno,

[34] Desde 2005, el Partido da Frente Liberal, PFL, cambió su nombre por el de Demócratas.

[35] Luis Eduardo Magalhães, diputado del PFL.

[36] Gobernador de Santa Catarina, ministro y senador por el PFL.

democrático. Él entendió también que no se hacen cambios contra la burocracia. Es preciso ganar la burocracia para el cambio. Sergio supo hacer eso.

En el caso de la privatización de las empresas telefónicas, teníamos la convicción de la necesidad de un salto tecnológico, que pasaba por la modernización del sector y por la ampliación del acceso. Al comienzo del gobierno, el propio Sergio Motta estaba en contra de la privatización. Creía que era posible alcanzar aquellos objetivos sin privatizar. Sergio se convenció en la mitad del camino. Vimos que o privatizábamos o quedábamos para atrás en un mundo en que Internet se generalizaba. Pero privatización hecha para generar más competencia, y no monopolios privados. La forma moderna de lidiar con ese desafío son las agencias reguladoras, con independencia y capacitación técnica. En eso está habiendo retroceso en el gobierno actual.

Nuestra mayor preocupación era más con la calidad técnica de las operadoras privadas de telefonía y menos con el origen del capital, si nacional o extranjero. Yo siempre creí, en todos los sectores, que lo mejor era tener diversidad y un ambiente de competencia. Tanta era la preocupación con la calidad técnica que el BNDES compró una participación en el capital accionario de uno de los consorcios vencedores de los remates de privatización de la telefonía, cuando evaluamos que le faltaba experiencia al grupo de control, que era compuesto por capital nacional.

Para mí, las formas específicas de viabilizar el desarrollo nunca fueron una cuestión de dogma. La cuestión es lo que es posible hacer, lo que es mejor para el país en cierto momento. En tiempos de Getulio, o era el Estado o no sucedía. Petrobras o era estatal o no habría empresa petrolera de ese porte en el país. En mi gobierno, el desafío era otro: no era construir de cero lo que no había, era modernizar una estructura y adecuarla a las nuevas condiciones de innovación y competencia que se habían tornado globales. Yo creía que debería continuar habiendo coexistencia y articulación entre capital privado nacional, capital privado transnacional y capital estatal, pero que la articulación tenía que cambiar, el capital privado tenía que tomar la delantera, asumir los riesgos, conducir el proceso.

Por otro lado, siempre defendí una política activa de gobierno. Dicen que no había política industrial. Había. El sector siderúrgico fue todo reconstituido, después de la privatización, con una actuación fuerte del BNDES. La misma cosa para el sector petroquímico. La lloradera de las industrias nacionales que perdieron espacio fue enorme, es verdad. Pero no hubo chatarreo, desindustrialización. Hubo reciclaje, reestructuración, modernización. Lo mismo en la agricultura: creamos

formas nuevas de financiamiento, incentivamos la modernización de los equipos y de la flota, apoyamos la investigación tecnológica.

En el Estado procuramos seguir la norma legal, lo que es contra la tradición brasileña. Cuando usted innova usted está yendo contra la tradición. Es por eso que es difícil. La tradición tiene un peso inmenso. Y es muy fácil que lo acusen de lo que quieran, porque usted está saliendo de la tradición. Y nosotros teníamos la noción clara de que se tenía que cambiar la tradición. Por ejemplo, vamos a cambiar la Era Vargas. Yo voté a Getulio, mi familia entera. No se trataba de ser contra Getulio, el momento era otro. No se trataba de estar contra el Estado, sino de rehacer el Estado. Juscelino dio un paso grande y correcto para modernizar, mas fue un paso no-institucional. Creó comisiones específicas para hacer cambios, pero no hizo alteraciones en la estructura del Estado. Getulio alteró más en el Estado, Juscelino no alteró, él aceleró. Después Castello y Roberto Campos cambiaron. Geisel no se si llegó a cambiar un poco en la dirección getulista, de volver a tener más empresas estatales. Y después nosotros, que alteramos realmente en la estructura del Estado. Porque Collor desmontó, pero no creó. No colocó nada en su lugar, ¿no es así? Es verdad que desmontó tanto que facilitó la reestructuración.

Es curioso porque las políticas de mi gobierno tuvieran muy poco de liberal. Estábamos preocupados en fortalecer los servicios públicos, ampliar el acceso a ellos, reorganizar los gastos. El gasto social aumentó y aumentó mucho. Infelizmente el grueso de la comunidad académica no entendió eso. Para la mayoría de la comunidad académica –en especial la de las Ciencias Humanas, por causa de la fuerte penetración ideológica en las universidades– nosotros éramos neoliberales. Cuando en verdad nosotros estábamos reorganizando el Estado, innovando, inclusive en el área social.

¿Entonces cuál fue el problema? El problema es que el foco era la inflación. Y el problema es que nuestros principales ministros, tenían un lenguaje anti inflación. Y no tenían un lenguaje de desarrollo. Nosotros perdimos el lenguaje. La percepción de que éramos monetaristas es porque los monetaristas ortodoxos hablaban con fuerza en tanto que los ministros del área económica, que no eran monetaristas, no tenían fuerza ideológica.

UN NUEVO DISCURSO POLÍTICO

Nosotros perdimos la batalla ideológica. El PSDB nunca dio tal batalla. Yo decía para el partido: «no basta ganar en el Congreso, es preciso ganar en la sociedad». El apoyo del PSDB a las reformas era un apoyo casi vergonzoso porque, en el fondo, las convicciones más profundas del partido no eran tan diferentes del discurso de la oposición. Yo tenía la preocupación de crear un nuevo discurso. Creamos algunos núcleos para intentar hacer eso. Tenía un grupo de asesores dirigido por Luciano Martins, sociólogo conocido, que tenía oficina en Río. Tenía a Francisco Weffort, un intelectual conocido y de izquierda, que fue mi Ministro de Cultura. Yo frecuentemente invitaba intelectuales para venir a conversar. Ahora, usted conoce nuestra intelectualidad. A ella le gusta atacar, no le gusta defender, con algunas excepciones. En general, quien apoya, apoya callado. Y quien es contra, habla. Y no queda bien para un intelectual apoyar el gobierno. No se formó una convicción, como hoy puede haber, de que el camino estaba correcto.

A las personas les costó mucho ver que el mundo había cambiado, que el paradigma tenía que ser otro. Y juzgaban todo por el paradigma antiguo. No se evaluaba correctamente cuánto la inflación era un mal para el país y cuánto ella estaba enraizada en nuestra economía, en nuestra sociedad y cuánto esfuerzo era necesario para erradicarla. Privatización era un tema indigesto, casi una mala palabra, como si se fuese a vender por un precio vil el patrimonio público. Aún había una idea tosca, muy fuerte, de que lo estatal era bueno, porque era del pueblo, y lo privado era malo. Regulación, competencia, innovación, etc., eran palabras fuera del léxico y del horizonte intelectual de mucha gente. Más allá de eso, no se puede olvidar que yo era miembro de la Academia. Eso tornaba las disputas más exacerbadas, más idiosincráticas; tornaba las exigencias mayores: cualquier cosa no tan buena ya era considerada un desastre. Las personas creían que había un camino alternativo. Hoy el PT mantiene el mismo camino de mi gobierno, aunque no lo reconozca.

Roberto Schwarz escribió cierta vez que yo había hecho una apuesta en mi gobierno basado en la creencia de que el mundo había cambiado, y que el capitalismo iba a ser exitoso; lo que él ponía en duda. No era una apuesta, el mundo había cambiado realmente y se abrían nuevas oportunidades para los países «emergentes», dentro del capitalismo. La cuestión era cómo aprovecharlas. Brasil ya estaba medio atrasado, éramos nosotros los que no nos dábamos cuenta de eso. Desde los tiempos de la Constituyente, cuando hice un discurso en el Senado sobre «Las opciones nacionales», yo mostraba los cambios necesarios para nuestro

aggiornamento. Weffort escribió una vez, cuando aún no estaba en el PT, e hizo la recepción para mí en la ceremonia en que gané el título de profesor emérito de la USP, que yo era «un sociólogo del *in fieri*». Y es verdad: sólo estoy interesado en lo nuevo, en lo que está sucediendo. No tengo paciencia para lo que ya se. Quiero saber lo que viene por ahí. Creo que eso es una ventaja desde el punto de vista intelectual. Para retomar la expresión de Roberto Schwarz, usted puede hacer una apuesta mejor. Pero no tiene seguidores. Ese es el riesgo. Los académicos en Brasil, en general, no quieren apostar, se quedan dentro de un marco tradicional de pensamiento, aunque la retórica pueda parecer radical. Y la Academia influye en los medios, que influyen en los políticos. La Academia influye los medios, sobretodo los medios nuevos, porque ellos vinieron de la Academia.

Precisamos de otra simbología, que consiga establecer comunicación a través de los nuevos medios de comunicación y con una sociedad que ya no es puramente «de clases», es de masas, que asiste al surgimiento de nuevos actores, comportamientos, identidades. He dicho esto al PSDB. Es decir, el PSDB tiene que asumir la modernización, la modernidad, de la que nosotros siempre tuvimos horror, porque nosotros siempre fuimos contra la modernización. Cuando digo nosotros, digo nosotros los de la izquierda y de la tradición revolucionaria. La modernización era una idea del funcionalismo en la sociología, y nosotros estábamos contra ella. Porque nosotros queríamos la revolución. Hoy nosotros tenemos que decir «estamos por una modernización progresista». Y precisamos decir, comunicar, qué es eso. El teléfono móvil es modernización. Pero todavía falta modernización de los derechos de la ciudadanía.

El mundo político no ha sido capaz de elaborar ese discurso, de dar hegemonía a ese discurso. Ahora, fragmentos de ese discurso existen en varios lugares. Pero los grandes instrumentos de la ideología, la iglesia, la universidad, los medios, todavía no se alinean con ese discurso. Los medios no pueden asumir ese discurso porque los medios viven del negativo, del conflicto. Ellos no pueden legitimar ese tipo de discurso porque es del futuro, es del progreso. Brasil está haciendo progreso. Eso no es aceptable para esas instituciones difusoras de ideología. La idea de que estamos yendo cada vez para lo peor no es verdadera. Visiblemente no. Pero es popular en los medios ideológicos, es legitimadora. Lula no mudó el camino, estamos yendo para adelante. Mas los procesos más profundos y el concepto de modernización todavía no fueron legitimados políticamente. Cuando habla de «herencia maldita», Lula estorba la legitimación política de la modernización brasileña. En ese sentido, creo que será muy importante la elección de 2010, desde que el candidato de nuestro lado legitime ese discurso.

MIRANDO HACIA EL FUTURO

Yo no cambié de modo general mi concepción sobre cuál es el método para analizar la sociedad y lo que constituye teoría en las ciencias sociales. Las ciencias sociales no obedecen a la misma lógica de las ciencias de la naturaleza. Ellas no están completamente escritas, como el universo, en lenguaje matemático. Para ellas no es sólo la regularidad lo que cuenta, sino la creación de lo nuevo. Ellas están embebidas históricamente.

El tema del particularismo y de lo universal cambió profundamente por causa de la globalización. La globalización creó una apertura enorme porque legitimó temas locales y lo universal pasó a ser cuestionado desde la perspectiva local. La globalización ocurre por intermedio de una articulación en red, que saltea las fronteras nacionales. Al mismo tiempo crea una graduación entre los países más y menos globalizados. Lo que sería, *mutatis mutandis,* una graduación entre centro y periferia. La globalización pesca pedazos, en lo que era antes la periferia, y los junta en una red articulada a los centros, en plural. Y deja pedazos del centro separados de esa red. Para no hablar de los inmensos pedazos de la periferia separados de esa red. Entonces, creo que es para pensar ese proceso, teóricamente.

En Brasil, la complejidad es muy grande exactamente por eso, porque la globalización fragmenta y va fragmentar más a Brasil. Se hablaba de «dos Brasiles». Ahora es mucho más complejo. Esa fragmentación y rearticulación de los fragmentos se hace especialmente en la estructura productiva y financiera, pero no precisa hacer integralmente lo mismo en lo político, en lo cultural. Tómese el ejemplo de Japón. Japón se integró con éxito en el orden global. Pero no hay nada más japonés que el Japón globalizado. Y ellos se internacionalizaron, se globalizaron desde la revolución Meiji.

Pensar en globalización, en los términos de una teoría general modernizadora es un equívoco (como en las teorías de la modernización del pasado), porque sería desconocer toda esa diferenciación histórica, estructural y cultural. Lo mismo vale para Brasil: es conveniente evitar el reduccionismo economicista. La globalización penetró mucho, pero eso no quiere decir que ella tenga homogeneizada avasalladoramente la humanidad.

Nosotros ya entramos en la globalización, todo el mundo entró, unos más, otros menos. El problema es si usted entra activa o pasivamente. Brasil comienza a entrar activamente, no totalmente, porque todavía tiene mucha basura a ser revuelta. Pero las empresas entraron, los individuos entraron. El panorama general

es dado por la entrada en las redes globales. Eso es una fuerza de transformación y de progreso, no de atraso.

Me acuerdo que en una conferencia que di en la Facultad de Filosofía en una época de mucha agitación (era 1968), dije que en Brasil o nos afirmábamos como occidentales o no seríamos nada. La frase provocó espanto en muchos colegas. Es que la cultura indígena aquí fue incorporada y la de los negros también, nosotros no tenemos cultura africana. Los negros tienen cultura occidental. Aquí, como en EEUU, los negros tienen cultura occidental. Y después, dígase lo que se quiera, el negro americano tiene poco que ver con la cultura africana. Ellos fueran occidentalizados. Y nosotros también. Nosotros somos morenos, culturalmente pertenecemos al «extremo Occidente», pero somos occidentales. ¡Hablo de eso hace cuántos años! Las personas no tenían esa visión, tenían la visión estática de un mundo autóctono y autárquico, que sería lo auténticamente nacional. Y nuestra relación con el resto del mundo no es ni autóctona ni autárquica, es dialéctica. No es que seamos la reproducción pasiva de lo que sucede allá afuera. No, nosotros rehacemos aquí lo que traemos de afuera, y de esa forma recreamos lo «externo», pudiendo influir, por nuestra parte, el «allá de afuera». Hay un ir y venir en ese proceso. Esa dialéctica está en *Dependencia y desarrollo*. Está en *Capitalismo y esclavitud*.

En el gobierno –y para mí eso ya era claro cuando fui Canciller– yo insistía en que Brasil tenía que organizarse, en particular, en América del Sur, no en América Latina, en América del Sur, pero no para aislarnos en ese espacio y sí para, a partir de él, intensificar nuestras relaciones para afuera. Si yo pudiese resumir lo que pienso a ese respecto, diría: Brasil es latinoamericano, específicamente sudamericano, específicamente Cono Sur, y tiene relación con EEUU y Europa, mas también con Asia y con una parte de África. No debemos definirnos en términos de tercermundismo, sino con una postura de *global player*. Ahora, volverse *global player* implica una construcción, no se hace de repente. Estamos volviéndonos *global player*. Y eso no tiene nada que ver con ser miembro del Consejo de Seguridad. El Consejo de Seguridad puede ser más un problema que una solución. Tiene que ver con nuestra auto-representación (y, por lo tanto, es cultural también) y con la capacidad que podamos tener para definir nuestros intereses económicos, políticos y culturales en el mundo globalizado por el comercio y por la producción, inclusive por las ideas.

Aunque yo hubiese tenido una fuerte influencia marxista y dialéctica, nunca me identifiqué con la filosofía de la historia marxista. Siempre creí que la parte más débil del marxismo era la política. La incomprensión del juego de poder y

una visión idealista de que es un sujeto social privilegiado, el proletariado, quien va sustituir todo y resolver las cuestiones. Nunca tuve esa visión teleológica de la sociedad, de un destino final, nunca creí mucho en eso de la existencia de una marcha inexorable para un destino cualquiera. Siempre fui más escéptico, menos religioso, menos determinista, por consecuencia más probabilista, con una visión menos encadenada de la Historia. Yo creo que ella siempre sorprende. Me gusta usar una frase: «cuando uno está esperando que acontezca lo inevitable, acontece lo inesperado». No existe lo inevitable ni lo predestinado en la Historia.